

Lectura con "grupos invisibles"

Georgina Teresa Merino Oliveros*

Para mí la lectura es la que da la posibilidad de que se puedan mirar o vivir otros mundos. Es abrir nuestra mente, abrir nuestra mirada, abrir nuestros oídos.

Esta posibilidad siempre ha estado del lado de las personas que acceden a la escuela. Sin embargo también es cierto que el acceso a la escuela, muchas veces, no le da a la gente la oportunidad de encontrar en la lectura la posibilidad de abrir su mundo, su mente. Simplemente no se da.

Mi experiencia con madres de familia de baja escolaridad se inició como un proyecto de investigación que me propuso Marta Acevedo, creadora del programa "Libros del Rincón", de la Secretaría de Educación Pública, a realizar en una escuela de Netzahualcóyotl, una zona popular del área metropolitana de la ciudad de México. Invitamos a las mamás y los papás de los alumnos de la escuela Damián Carmona, que quisieran y pudieran asistir a las sesiones.

Con incertidumbre, ya que era mi primer proyecto de investigación de este tipo, inicié el trabajo apelando a los conocimientos que había adquirido en otro proyecto que indagaba sobre las posibilidades que se da al uso de los libros en escuelas indígenas, rurales y urbanas, en distintos estados de la República con alto rezago educativo, en el cual yo había coordinado al equipo de trabajo en la ciudad de Oaxaca. Con estos elementos diseñé el proyecto y lo fui reelaborando, construyendo y reconstruyendo junto con las madres y los padres participantes. En un proceso de aprendizaje constante, pude darme cuenta de que somos nosotros, los que nos dedicamos a la promoción de lectura, quienes tenemos muchos prejuicios en relación con lo que es la lectura.

Primero descubrí que cuando nosotros hablamos de "una buena lectura", "una buena literatura", de entrada estamos imponiendo nuestros criterios sobre la lectura en estas personas que ven con espanto la actividad de leer porque en la mayoría de los casos, en la escuela y en la casa, se los obligaba a hacerlo partiendo de los criterios de "buena lectura" de los adultos que los rodeaban. Esto tiene que ver con la obligatoriedad y la imposición de lo que se "debe" leer. En este sentido las madres de familia que participaron del proyecto me enseñaron a abrirme, a comprender que todos los actos de lectura son importantes, a develar en la lectura lo que a cada cual nos

* Promotora de Lectura. Ha trabajado en varios programas de la Secretaría de Educación Pública de México (SEP), en los que la lectura y la escritura estuvieron en el centro de la investigación y de su promoción. También ha realizado acciones de capacitación con maestros y maestras en México, Estados Unidos y Puerto Rico, y con maestros de educación indígena en la propuesta intercultural de la SEP. Recientemente el Banco del Libro de Venezuela le publicó, en la colección "Formemos lectores", un libro titulado **¿Cómo encontrar en casa el gusto por la lectura?**, producto de su trabajo de investigación y promoción de la lectura con padres y madres de familia.

interesaba. Estas madres permitieron que las acompañáramos –y que nos acompañaran– a descubrir que la lectura, la escritura y la oralidad forman parte importante de la vida aunque no las habían tomado en cuenta.

Tomé plena conciencia de no podía acercarme a este tipo de población desde una actitud común en la mayoría de la gente que accede a la educación, que puede traducirse en estas palabras: “Yo sí leo, yo sí practico la lectura, yo sí sé y les voy a enseñar lo que ustedes no saben”. Cosas aparentemente pequeñas que hacen, en general, los promotores de lectura, están dentro de esta línea, llevando como connotación que están tratando con personas ignorantes. Eso cierra las puertas para establecer diálogos y, como me decían las madres, “nos dan el avión”, expresión que quiere decir que nos dicen que sí pero hacen cosas distintas de lo que nos dicen.

Mi actitud fue “vamos a aprender todas juntas y a compartir nuestros sueños, nuestros deseos para tratar de ser mejores personas”, esto nos permitió vernos con mucha confianza.

En esta experiencia descubrimos juntas que no somos totalmente ignorantes. Abrimos la posibilidad de dialogar y aprender juntas. La lectura está presente en muchos de los saberes de estas madres, aunque no como los maestros y los promotores de lectura quisieran, o los que se dedican a hacer libros, ya sean autores, productores, editores... las editoriales, el mundo de la literatura suponen que debe de ser.

En este sentido aprendí a ganarme la confianza de la gente con la que trabajé, siendo verdaderamente respetuosa de sus prácticas lectoras y de escritura, sin simulaciones de “respeto”. ¿Cómo lo logré? pues también deposité en ellas mis preocupaciones y alegrías de madre, lo que nos permitió tener confianza mutua; no sólo ellas revelaron sus secretos, preocupaciones, disgustos, angustias y alegrías, y confianzas, también yo lo hice. Todo esto nos permitió encontrar nuestro espacio común y que la lectura se pusiera en el centro de nuestra tranquilidad.

Con esta experiencia, pude realizar una actividad en la Feria del Libro de Guadalajara, en un contexto distinto, con personas que sí habían accedido a la escuela, pero sin embargo no tenían un contacto rico de crecimiento humano con los libros.

Estos dos proyectos me hicieron apreciar que teníamos que aprender a aceptar, con mucho respeto, las prácticas lectoras de padres y madres de familia, que se acercan de nuevo a la lectura.

Con esta experiencia, con estos aprendizajes, de repente, por azares del destino, me veo involucrada en el acompañamiento para trabajar con algunos de los grupos que mucha gente y yo misma llamamos “invisibles”. Los llamamos así, no porque nosotros los hayamos *invisibilizados*, sino porque sociedades como en las que vivimos los han hecho invisibles en las prácticas sociales de relacionarnos: los niños y las niñas de la calle, las personas con capacidades diferentes, los indígenas, los homosexuales, las personas con baja escolaridad y todos los grupos diferentes de los que el común de la gente

llama "normales". Los "grupos invisibles" no existen porque *no se quieren ver*.

En mi práctica de trabajo de lectura me pidieron un proyecto para realizar en Casa Daya de manera voluntaria. Esta institución atiende a jóvenes de la calle, que fueron recuperadas de la calle con sus hijos o que están embarazadas, para tratar que estos nuevos niños que surgen de situaciones de mucha violencia o producto de relaciones de mucha violencia, puedan encontrar una vida distinta de la que sus madres vivieron en la calle.

Me entusiasmé muchísimo, y puse manos a la obra. Me había planteado hacer un súper proyecto a través del cual estas chicas se volcaran hacia la lectura, que los libros circularan de mano en mano por todas las habitantes de Casa Daya, que las chicas les leyeran o cantaran rimas a sus bebés, para que estos escucharan a sus madres leyéndoles o cantándoles, jugando con la palabra escrita en una relación distinta de la que sus madres vivieron.

Gran decepción me llevé: de estas chicas solo algunas, muy pocas, leían casi convencionalmente, a las otras les aterraban las letras, la palabra escrita, posiblemente por sus prácticas escolares... No indagué más. Lo que sí pude descubrir es que estas jóvenes encontraban en mi actividad un espacio en donde podíamos *apapacharnos*, ellas pedían permanentemente que yo les leyera. No leían pero querían que se les leyera. Sé que por ser profesional en la promoción de la lectura, tengo una lectura adecuada en voz alta. Qué es lectura adecuada: que se me entiende, que el tono de voz es el apropiado, que el volumen permite que se me escuche bien y se entienda lo que leo. Con estas herramientas, yo leía varias veces a la semana, aproximadamente a 16 chicas en promedio; a veces faltaba alguna, otras veces invitaban a alguien más y en algunos casos con sus hijos. Estas jóvenes se volvían niñas pequeñitas cuando yo les leía. Sus edades fluctuaban en ese tiempo entre doce y dieciocho años, con hijos cada una. En esta población, pudimos descubrir, ellas y yo, que la lectura nos daba un lugar mágico en donde cada una, con sus reflexiones, encontraba cosas para sí.

Yo creo que ellas encontraron una parte de su corazón en las lecturas que trabajamos, nunca pregunté qué entendieron o qué no entendieron de la lectura, lo que si me queda claro es que había manifestaciones de afecto conmigo y con sus hijos, afecto que este espacio mágico les proporcionaba a ellas y a mí.

Con estas chicas y con esta experiencia, logré verme a mí en una serie de situaciones que me abrieron nuevas oportunidades de promover la lectura. Situaciones que me brindaron una posibilidad diferente de lo que yo ya había hecho: la posibilidad de reencontrar corazones con ganas de amar, pero estos corazones se pueden amar a sí mismos cuando descubren que son capaces de recibir amor también.

En ese sentido, las chicas tuvieron manifestaciones que a mí me emocionaron mucho, me gustaron, conmovieron toda mi vida. Ellas son sumamente "duras" por no quererse dar la oportunidad de mostrar sus debilidades, y son también desconfiadas pues cuando depositaron su confianza

en alguien, generalmente, en sus padres o en gente del núcleo familiar, estos las abandonaron a su suerte o las expulsaron con violencia. Por ello, cuando necesitan llorar o manifestar afecto se niegan, sin embargo lograron hacerlo después de la lectura de algunos textos que compartimos en nuestras sesiones.

Uno de los textos que leímos y que me encanta, ya que soy *fan* de Ana María Machado, es el de "Besos Mágicos"; cuando lo terminé de leer, se hizo un silencio muy fuerte y, de repente, una chica rompe ese silencio y me dice: "Geo, me puedes dar un beso mágico." Y todas las demás: "a mí también". Empezamos a darnos besos mágicos y a abrazarnos, y ellas a sus hijos. Fue un momento mágico de mucha conmoción, la emoción de descubrir esa vena o esa parte del corazón que logra que afloren estos afectos. Con un beso también se puede modificar la vida.

Ese día inauguramos la sesión con besos mágicos, después me enteré que por varios meses duró la relación de los besos mágicos entre algunas de ellas y también con sus hijos.

Otro libro que igualmente fue muy impactante es uno muy bello, "Donde habitan los ángeles", de una queridísima amiga de la que también soy su *fan*, Claudia Celis. Ya había tenido experiencias con ese libro en contextos distintos con estudiantes de escuelas privadas y algunos chicos habían dicho: "Este es el primer libro que he leído completito, sin que nadie me haya obligado, porque yo quise".

Yo no sabía qué iba a pasar con las chicas de Casa Daya. Lo leímos en capítulos, cada semana leíamos una parte y cuando se acababa el tiempo, porque teníamos un tiempo fijo, cerrábamos el libro y esperábamos la sesión siguiente. Este libro trae, entre otras cosas, el abandono de un hijo por su madre, por circunstancias ajenas al chico. Es muy fuerte el tema del abandono y de los duelos por separación porque la gente se va a otro lugar o también porque la gente se muere y los que quedamos vivos no sabemos, a veces, cómo elaborar nuestros propios duelos. Este libro que toca estos temas fue muy impactante para ellas. Una de estas niñas, una chica que en ese momento tenía 17 años, que era muy rígida consigo misma, muy dura, que se burlaba de la vida, que sostenía que nadie la podría hacer llorar porque era como mostrarse débil, cuando terminé de leer el libro, lloraba en silencio, lloraba, lloraba y lloraba. No hubo necesidad de preguntar nada, sólo me di la oportunidad de abrazarla y de *apapacharla*, de hacerle sentir que yo la amaba, y que la aceptaba como era. El sentimiento era recíproco, ella también me abrazaba y me aceptaba. Fue como una comunión muy bella. Esto se dio con otras chicas que también quedaron impactadas al ver a sus compañeras, las más "duras", las más "rudas", llorando. No querían hablar más, simplemente lloraban, se había abierto un canal que dejaba asomar ante las demás la sensibilidad que escondíamos en nuestro corazón para no sentirnos vulnerables.

Me parece que si este libro logró conmover la vida de estas chicas que siempre tratan de esconder justamente las cosas que les duelen tanto, lo logra abrir como bálsamo que tranquiliza ese dolor, me doy por bien servida y es en

estas situaciones en las que veo que la lectura reconstruye al ser humano desde lo profundo.

Alcancé a trabajar con varios libros de varios autores, y como conozco a algunos de los autores elegidos, logré compartir con ellos mi experiencia y pude decirles cómo apoyaron la vida de chicas como las de Daya, quienes en algunas ocasiones les escribieron cartas para manifestarles sus emociones.

Este "grupo invisible" de niñas madres que fueron violentadas y arrojadas a la calle por problemas de violencia muy fuerte logró encontrar en la lectura una manera de sanar un poco el corazón, con tanto dolor vivido. La lectura fue en esos momentos un bálsamo para poder tranquilizarlas.

Este trabajo constituyó una parte muy importante de mi vida personal y profesional, pero tiempo después tuve que poner distancia porque mi propia emoción fue rebasada por las historias de vida y muchas cosas se tornaron difíciles de manejar.

Tuve que aceptar asimismo que era impotente para resolver algunos problemas como los que se presentaban ahí, aceptar que no tenía los elementos suficientes para realizar este trabajo porque a mí misma me dolía mucho escuchar las historias. Necesité poner un poco de distancia. Aunque sigo colaborando con la institución no lo hago con la intensidad con que lo hacía en el pasado, porque ese espacio de encuentro sigue siendo muy fuerte y doloroso para mí.

Si indagamos en esas historias de las jóvenes madres de la calle, encontramos situaciones que se repiten, en la mayoría de los casos. Estas madres pertenecen a estratos socioeconómicos muy desprotegidos, producto del desempleo, de las malas administraciones de los recursos públicos. Son historias cruzadas por el alcoholismo, los abusos padecidos en su propia casa. Las políticas que se implementan se sustentan en la caridad que, aunque sea bien recibida por las instituciones que cobijan a estas niñas, pues les permiten paliar en parte las necesidades materiales, no dejan de ser de caridad para liberar culpas en la conciencia de la "buena gente" que la brinda. No son políticas sistemáticas ni organizadas.

El problema de marginación sigue latente y no se resuelve solamente con "buena voluntad", todavía no se ven soluciones. Algunas personas dan ropa, alimentos. Creo que eso es relativamente fácil de dar, lo que parece difícil es mantener relaciones afectivas en donde el involucramiento con el otro también toque parte del corazón del mediador.

Tiempo después de esta experiencia fui invitada a trabajar en los Estados Unidos con instituciones que apoyan a grupos de migrantes, principalmente en la ciudad de Chicago, Illinois.

Encontré hombres y mujeres que habían ido a buscar mejores posibilidades de trabajo pero que estaban sobreviviendo en una sociedad donde la oportunidad de trabajar es cada vez menor y donde la explotación de los individuos y de las familias es muy notoria especialmente en los "grupos

invisibles”.

La mayoría de estos migrantes con quien yo trabajé son mujeres, como las madres de familia de la escuela de ciudad Netzahualcóyotl, con muy baja escolaridad. Son poco valoradas en la sociedad, primero porque no estudiaron, segundo porque tienen un idioma distinto al que se habla en el lugar donde viven, tercero porque son migrantes y, en algunos casos indocumentadas y se podría seguir enumerando una serie de motivos por lo que son discriminadas, pero una de las discriminaciones más fuerte es justamente porque son mujeres.

Son mujeres calladas, silenciosas, con tristeza permanente, están siempre añorando la patria dejada atrás; eso es muy fuerte. Fue muy fuerte también para mí. Este es otro de los “grupos invisibles”, no se ven estas mujeres. Asimismo dentro de este tipo de comunidades en la ciudad de Chicago son terriblemente lastimadas, golpeadas. Una de las cosas que también “exportamos” con la migración es el maltrato a las mujeres y a los niños y, a veces, el abuso sexual permanente.

Muchas integrantes de estos grupos pertenecen a comunidades indígenas de México, tienen como lengua materna una lengua indígena, luego pasan por el español y más tarde tienen que aprender inglés para poder comunicarse fuera de su barrio, aunque hay personas que nunca salen del barrio en donde se habla español.

Al empezar a trabajar, a partir de la oralidad, sus propias carencias afectivas, sus olvidos, sus nostalgias, logramos encontrar en los libros una parte importante de su vida. Trabajamos textos que lograron tocar esa parte de la vena sensible en donde sus recuerdos son conmovidos, son llamados, son movimientos que se generan en torno de su vida para poder por lo menos suspirar y, en algunos casos, hasta llorar y reencontrarse en los libros con la vida que se tiene pero, también, con la esperanza de que puede ser mejor.

Con estas mujeres pudimos trabajar con cierta frecuencia, en el tiempo que ellas quisieran y pudieran darse para esta actividad. Con mucha avidez buscaban los libros, los leían, los releían, luego los dejaban, pero volvían a recurrir a ellos. Eran libros que les permitían acercarse desde otro lugar a las historias que guardaban, para poder meter un hilito de bordar en fino la propia vida.

Pudimos trabajar algunos libros como los que trabajé en Casa Daya. “Donde habitan los ángeles” tuvo un impacto similar al que tuvo con las chicas de Daya. Asimismo encontré una antología de cuentos cortos de autores españoles, que tratan sobre la cotidianidad de la vida en pareja de manera muy divertida y muy profunda también, ya que se habla del amor, de las simulaciones en la familia. Trabajé en general libros de literatura infantil y juvenil con estas adultas, porque justamente descubrimos que estos libros tocan el corazón de niño que todos tenemos dentro, pero lo tocan no desde una visión añorada, de color rosita que algunos escritores de libros infantiles tienen. Estuve trabajando con libros de autores que tratan a los niños como seres inteligentes y que tocan cosas importantes que a los niños les divierten

pero que también los hacen reflexionar sobre la vida misma y a estos adultos también. Libros como el "Casi medio año" de Mónica Beltrán, un texto que me encanta porque logra hacer que los niños y estas adultas se identifiquen en él. Otro libro que trabajé también es "Mi amigo del otro lado" de Ana Luisa Anza, que trata dos visiones distintas de niños migrantes, uno que su padre emigra porque va a hacer un posgrado en una universidad con condiciones muy favorables para la familia y otro que sus padres emigran en busca de trabajo con condiciones totalmente adversas para la familia.

Con estas mujeres que viven en Chicago trabajé también otros libros que me encontré por allá, de autoras de origen latinoamericano como Sandra Cisneros, con su obra "Mango Street" que trata justamente sobre la vida de los migrantes; o de una autora norteamericana que escribió un libro que me encanta, que tiene por título "¿Me quieres mamá?" Pude trabajar algunos libros de los que Marta Acevedo hace en "Un, dos tres por mí". Estas obras lograron tocar en estas comunidades su corazón nostálgico, su corazón alegre, la hacen sentir más queridas y aceptadas. Vi muestras de alegría al recordar parte de sus vidas, vi risas cuando percibían el sentido de las palabras y recordaban las formas de hablar de su lugar de origen, formas chistosas, que en ocasiones sólo los mexicanos por cuestiones de cultura las entendemos, también vi llanto y miradas de tristeza por la nostalgia de lo que se dejó y la impotencia de no poder regresar.

La literatura infantil nuevamente me enseñó que los adultos podemos, si no sanar nuestra alma, por lo menos reconciliarnos un poco con nosotros, con nuestros mundos. Podemos sentir paz y pensar que hay alguien en los libros que nos entiende. Puedo decir que fue muy exitosa esta manera de tomar contacto con los libros, fue muy exitosa esta manera de aprender a expresarnos. Algunas mujeres que pasaron procesos de violencia intrafamiliar lograron por lo menos comenzar a tener interés por mejorar su vida, por buscar una vida diferente. Sintieron que su vida debe de ser respetada, que ellas deben de ser respetadas, que necesitaban buscar nuevas formas de dialogar para no llegar a momentos de violencia tan terrible como los que llegué a ver. Vi mujeres golpeadas en la cara, que cuando les preguntaba qué había pasado, me decían que se habían caído. También me enteré de historias en las que las mujeres que deciden salir de situaciones muy violentas tienen que esconderse con sus hijos para que el golpeador no las encuentre hasta que la ley las proteja. Supe que algunas organizaciones de mujeres surgieron cuando se enteraron de la muerte por golpes de otras y en homenaje a esas muertas se organizaban para salvaguardar la vida de las mujeres golpeadas y de sus hijos.

Esta experiencia, una más con los "grupos invisibles", me hace fortalecer vínculos, me hace insistir en que es necesario que continuemos haciendo este trabajo con estos grupos para que ellos mismos busquen volverse visibles, para que ellos mismos busquen lograr que en este tipo de sociedades, tengan un lugar de respeto, un lugar de aceptación.

Platicando con Michele Petit, en alguna ocasión, coincidíamos en que necesitamos orientar nuestros pasos en el sentido de lo que ella llama la lectura reparadora. Yo me pregunto ¿cuáles pasos? Yo no lo sé, aunque estoy dispuesta a investigarlos junto a estos "grupos invisibles".

Yo todavía no sé cuáles son los pasos que como promotoras de lectura tenemos que dar para poder hacer más cosas. Ahorita, personalmente, estoy en la construcción de algunas propuestas para trabajar con estos grupos: necesitamos quitarnos un poquito la cuestión intelectualizada de la lectura, no porque no sea importante, más bien porque a este tipo de grupos asustan las posturas tan intelectualizadas que generalmente algunos promotores de lectura asumen desde lo que debe ser, desde lo que es "correcto". Yo les pregunto ¿qué es lo que debe ser? ¿Qué es lo correcto? ¿Qué es lo que se debe leer?

La literatura infantil que nos hace conmover y reflexionar, puesta al servicio de la promoción de la lectura en estos "grupos invisibles", es un camino para lo que algunos estudiosos de estas actividades llaman la formación de lectores autónomos.

Insisto en la literatura infantil y juvenil porque la investigación que realicé con estos grupos arrojó datos que confirman que los autores de lo que conocemos como la literatura general les producían temor, no se atrevían a aceptar la lectura de sus libros. Descubrí con el tiempo, a través de mis pláticas con estas personas, que ellas sentían que no podían con entrar directamente en este tipo de libros. La literatura para niños y jóvenes es también muy importante en la formación de lectores autónomos adultos.

Es muy importante que los promotores de lectura dejemos que estos adultos entren a la lectura a través de libros infantiles y juveniles y que después, cuando se sientan seguros, cuando experimenten las cosas que proporciona la lectura, ellos mismos elijan otro tipo de libros. Me pude percatar con esas madres con las que trabajé, con el tiempo, podían decidir cuáles libros quieren leer y a veces en su mismo proceso, van eligiendo los libros para adultos.

El ingreso a la lectura de estas mujeres fue el libro infantil y juvenil. El pretexto de ayudar a sus hijos les dio la posibilidad de encontrar historias importantes, historias serias que a ellas les hacían recordar sus propias vidas. Hasta la fecha no hay nada acabado, ni la última palabra en el cómo y qué se debe leer. Siempre los seres humanos estamos descubriendo las formas que a cada uno le resulta tanto para leer como para resolver las cosas de la vida. Todavía hay mucho por aprender, hay mucho por decir, hay mucho por saber... afortunadamente somos seres humanos imperfectos que estamos en búsqueda de las verdades.

Tenemos que buscar, como todo el conjunto de la sociedad, las maneras de acercarnos más íntimamente a la lectura. Fui descubriendo poco a poco formas de acercamiento y sigo en la búsqueda de encontrar esos mundos, que como dicen algunos indígenas del sur de mi país, en Chiapas, "un mundo donde quepan muchos mundos" que esto es posible. Y "un mundo

donde quepamos con todos". Esto tiene que ver con todas las formas de pensamiento y que sean los diálogos de la equidad, la justicia, la libertad, los valores los que nos permitan llegar a sociedades más justas, más libres y sobre todo en PAZ.